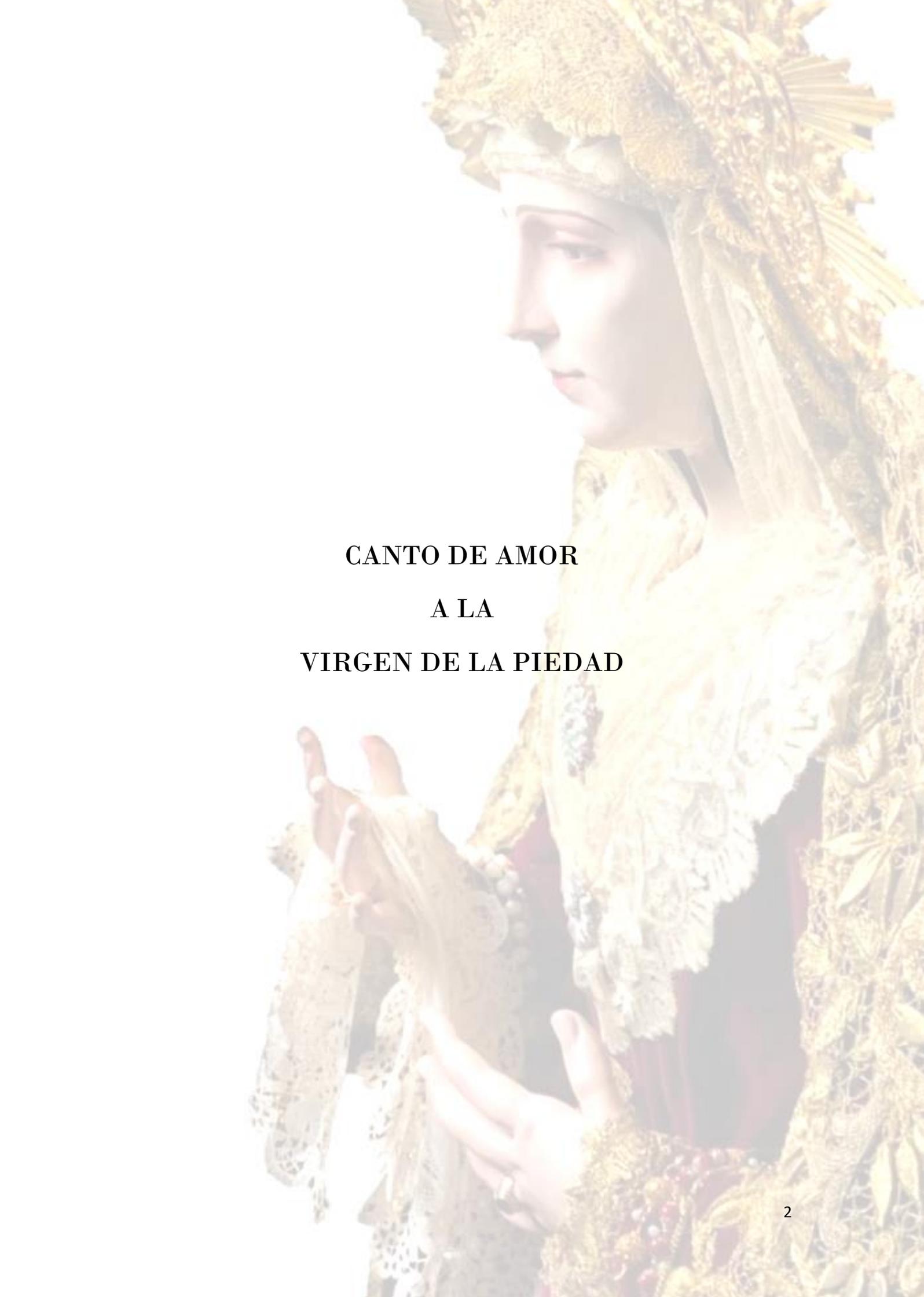




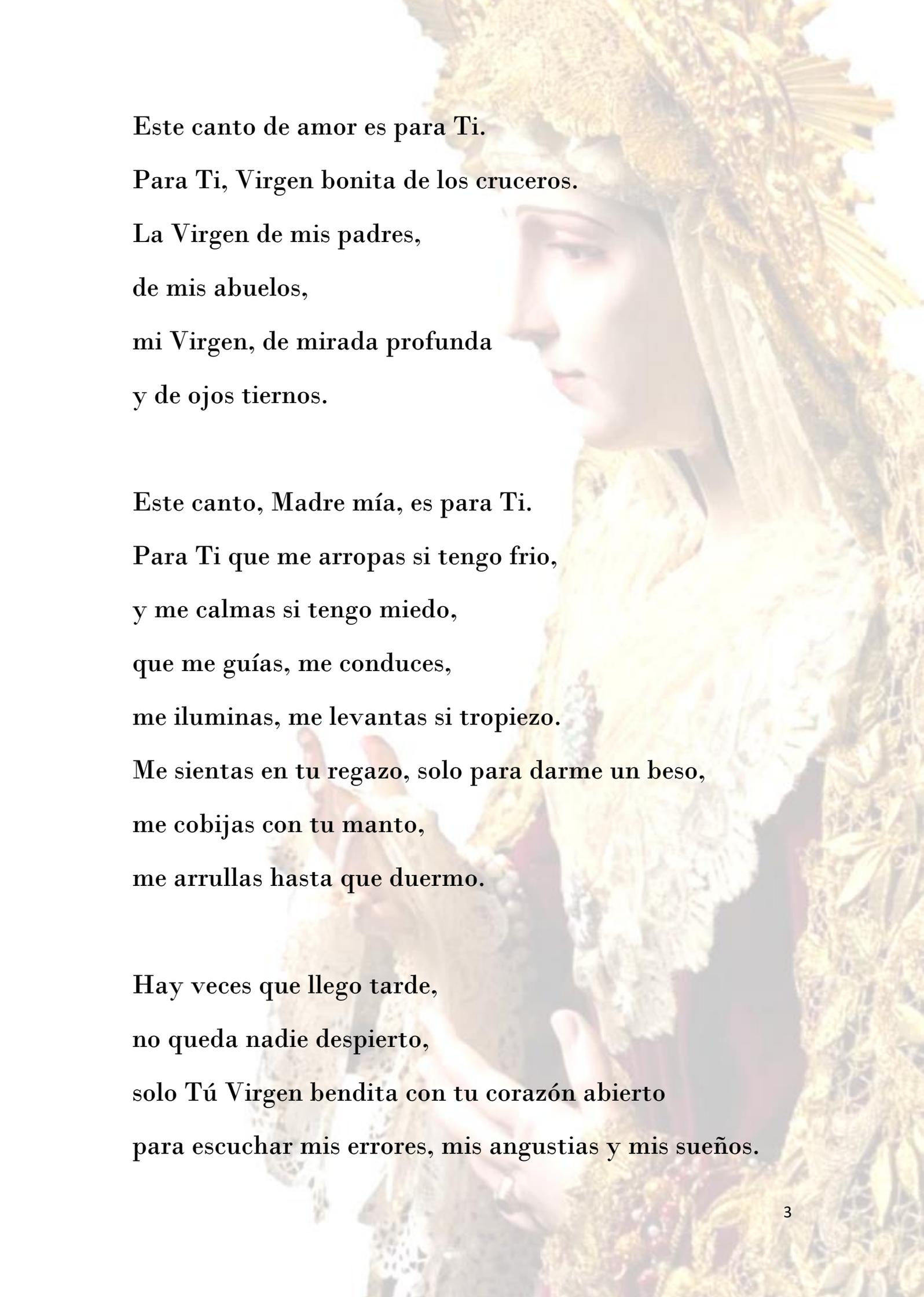
A mi Hermandad con amor y agradecimiento. Ha sido para mí un regalo inmenso “cantar” la belleza infinita de la Mujer que cambió el curso de la humanidad. Causa y objeto de la devoción de miles de personas en quinientos años de historia.

¡Viva la Virgen de la Piedad!

Tres de mayo de dos mil veintitrés,  
día de la Invenición de la Santa Cruz.



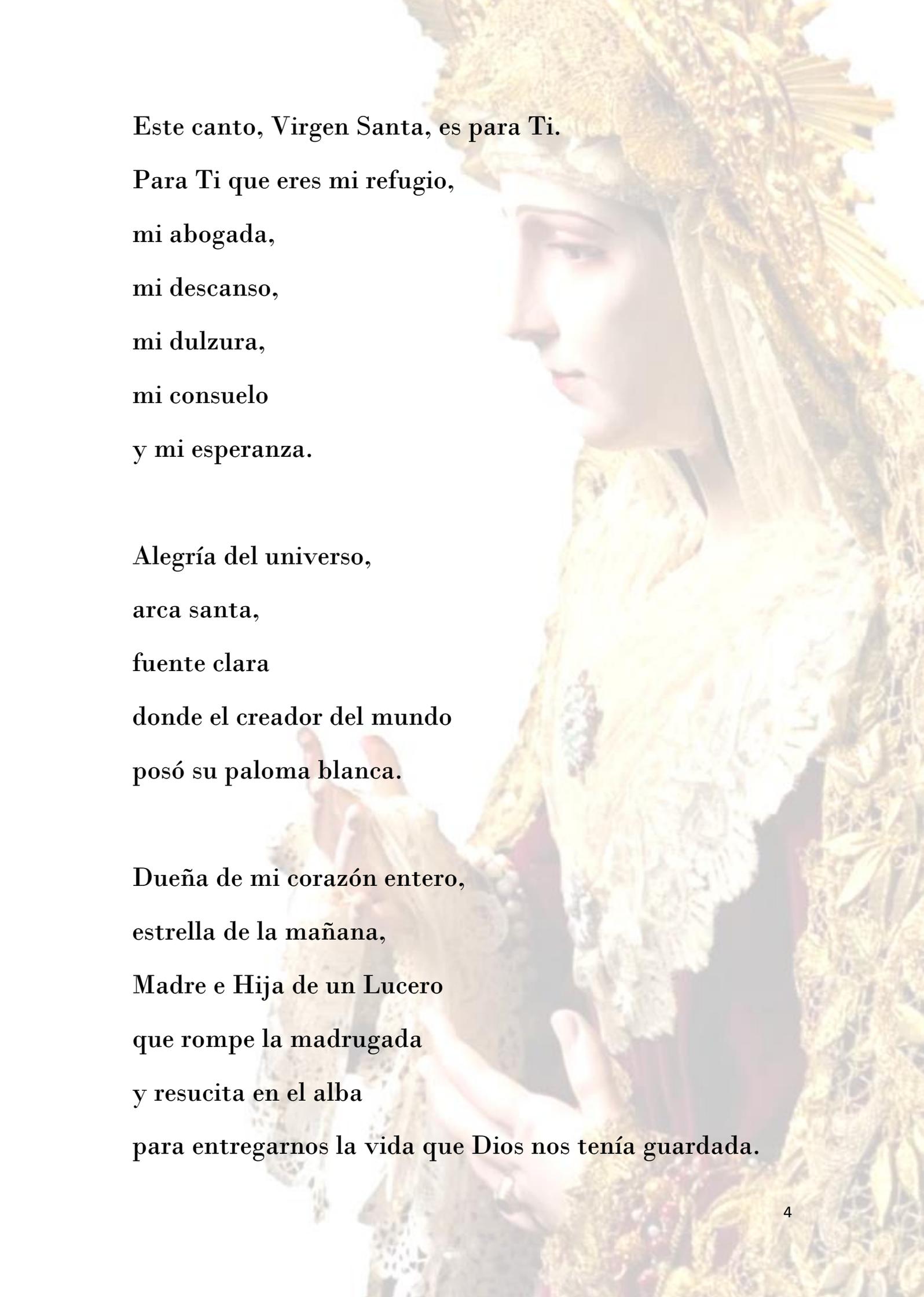
**CANTO DE AMOR  
A LA  
VIRGEN DE LA PIEDAD**



Este canto de amor es para Ti.  
Para Ti, Virgen bonita de los cruceros.  
La Virgen de mis padres,  
de mis abuelos,  
mi Virgen, de mirada profunda  
y de ojos tiernos.

Este canto, Madre mía, es para Ti.  
Para Ti que me arropas si tengo frío,  
y me calmas si tengo miedo,  
que me guías, me conduces,  
me iluminas, me levantas si tropiezo.  
Me sientas en tu regazo, solo para darme un beso,  
me cobijas con tu manto,  
me arrullas hasta que duermo.

Hay veces que llego tarde,  
no queda nadie despierto,  
solo Tú Virgen bendita con tu corazón abierto  
para escuchar mis errores, mis angustias y mis sueños.



Este canto, Virgen Santa, es para Ti.

Para Ti que eres mi refugio,

mi abogada,

mi descanso,

mi dulzura,

mi consuelo

y mi esperanza.

Alegría del universo,

arca santa,

fuelle clara

donde el creador del mundo

posó su paloma blanca.

Dueña de mi corazón entero,

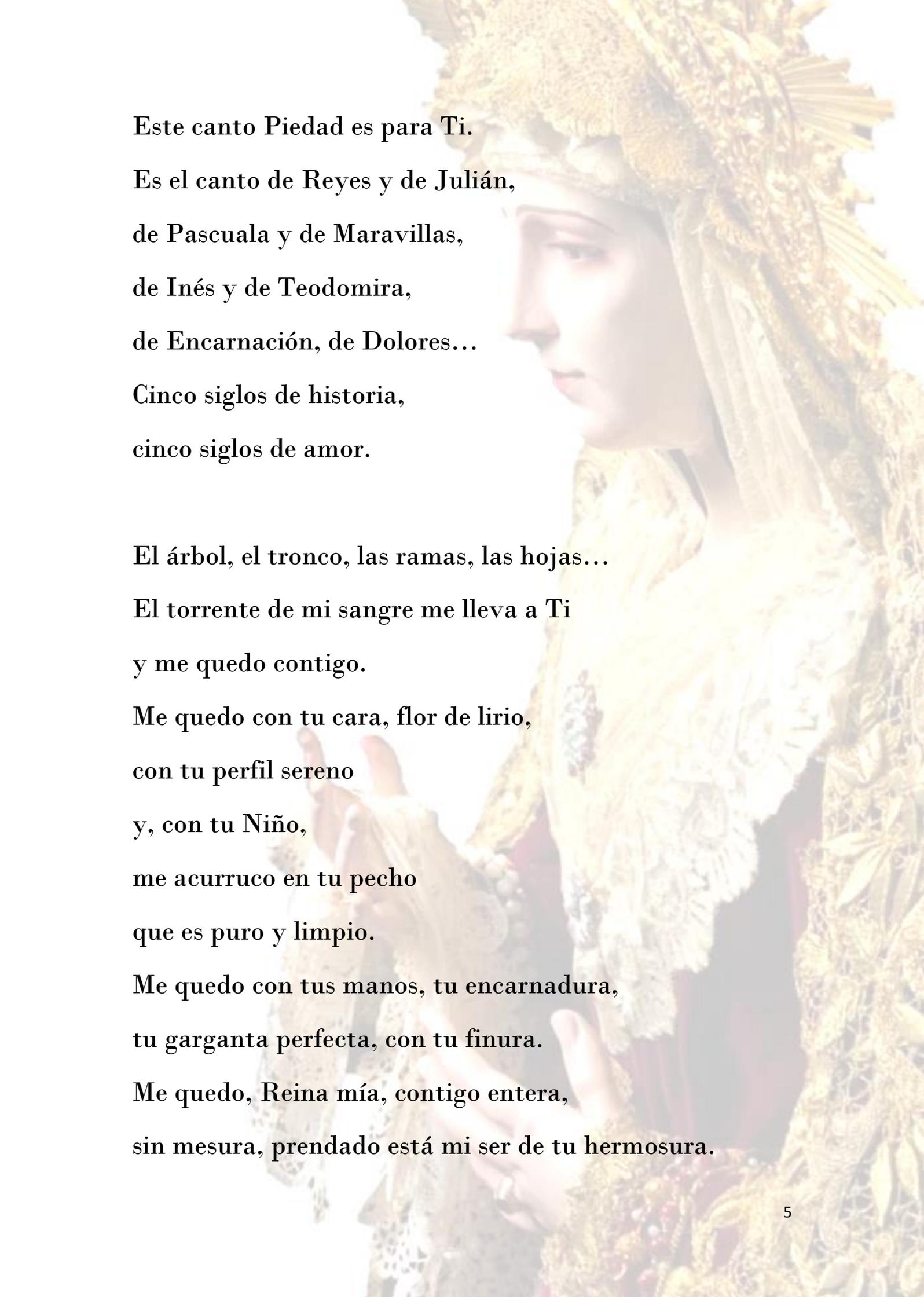
estrella de la mañana,

Madre e Hija de un Lucero

que rompe la madrugada

y resucita en el alba

para entregarnos la vida que Dios nos tenía guardada.



Este canto Piedad es para Ti.

Es el canto de Reyes y de Julián,  
de Pascuala y de Maravillas,  
de Inés y de Teodomira,  
de Encarnación, de Dolores...

Cinco siglos de historia,  
cinco siglos de amor.

El árbol, el tronco, las ramas, las hojas...

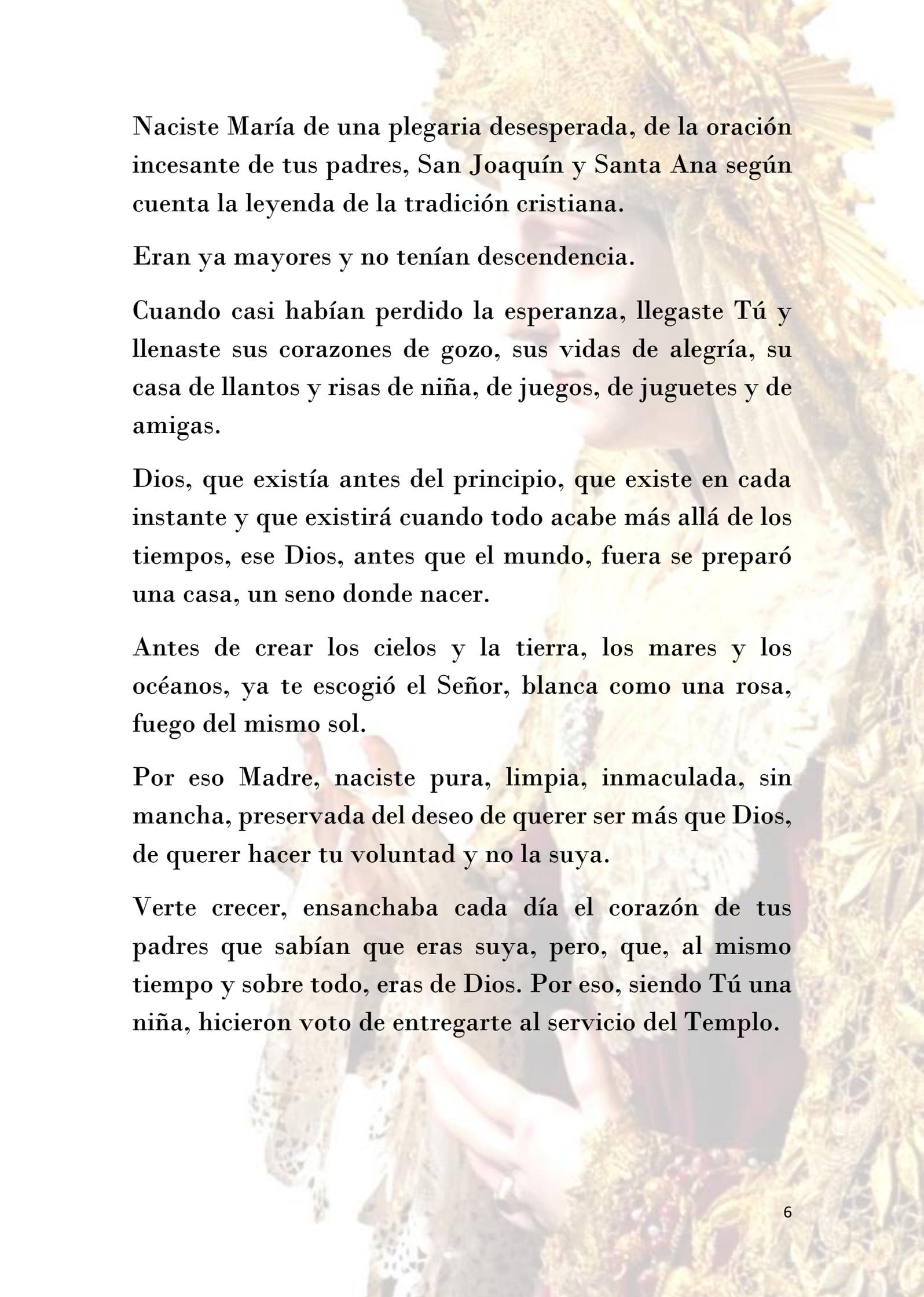
El torrente de mi sangre me lleva a Ti  
y me quedo contigo.

Me quedo con tu cara, flor de lirio,  
con tu perfil sereno

y, con tu Niño,  
me acurruco en tu pecho  
que es puro y limpio.

Me quedo con tus manos, tu encarnadura,  
tu garganta perfecta, con tu finura.

Me quedo, Reina mía, contigo entera,  
sin medida, prendado está mi ser de tu hermosura.



Naciste María de una plegaria desesperada, de la oración incesante de tus padres, San Joaquín y Santa Ana según cuenta la leyenda de la tradición cristiana.

Eran ya mayores y no tenían descendencia.

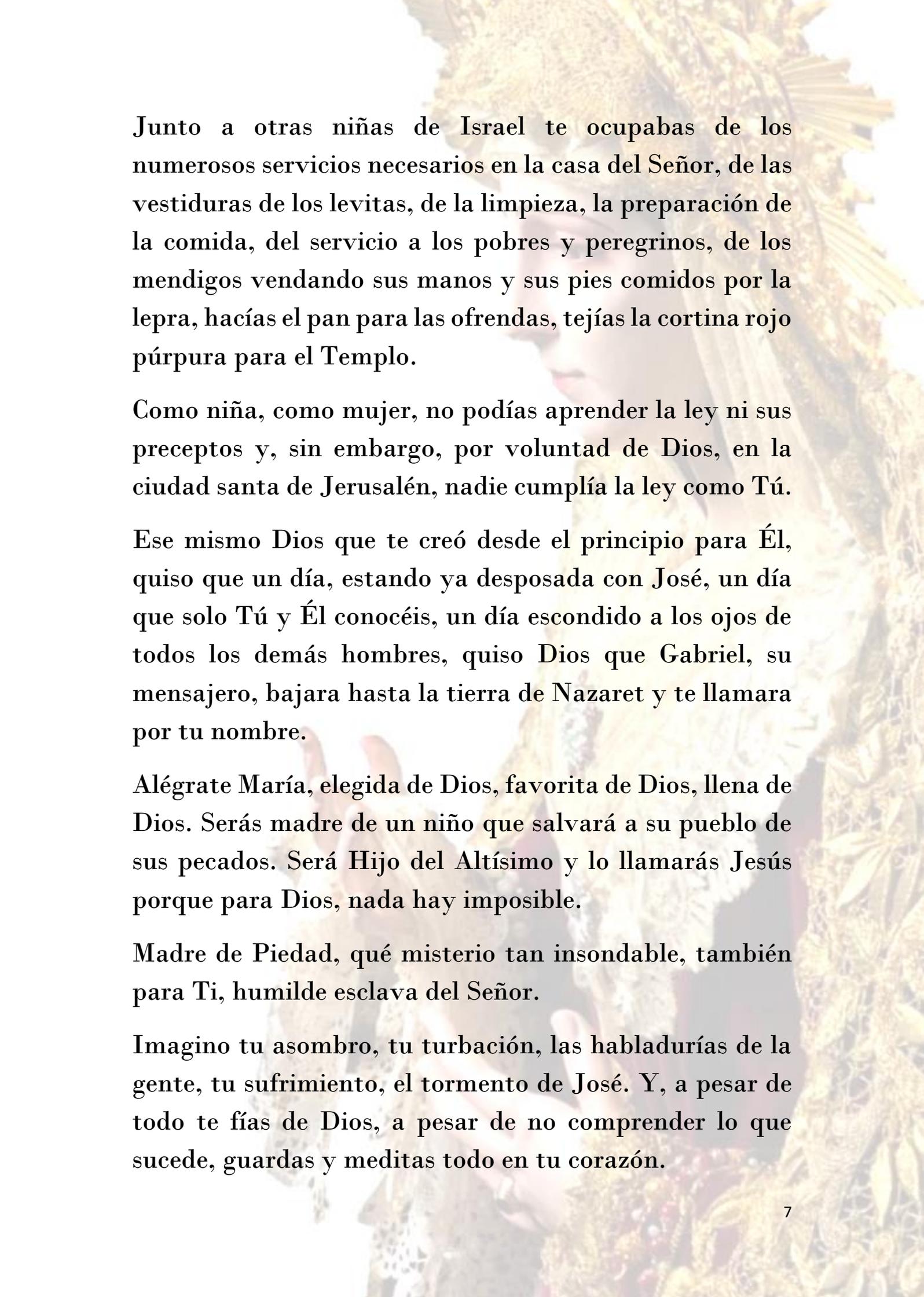
Cuando casi habían perdido la esperanza, llegaste Tú y llenaste sus corazones de gozo, sus vidas de alegría, su casa de llantos y risas de niña, de juegos, de juguetes y de amigas.

Dios, que existía antes del principio, que existe en cada instante y que existirá cuando todo acabe más allá de los tiempos, ese Dios, antes que el mundo, fuera se preparó una casa, un seno donde nacer.

Antes de crear los cielos y la tierra, los mares y los océanos, ya te escogió el Señor, blanca como una rosa, fuego del mismo sol.

Por eso Madre, naciste pura, limpia, inmaculada, sin mancha, preservada del deseo de querer ser más que Dios, de querer hacer tu voluntad y no la suya.

Verte crecer, ensanchaba cada día el corazón de tus padres que sabían que eras suya, pero, que, al mismo tiempo y sobre todo, eras de Dios. Por eso, siendo Tú una niña, hicieron voto de entregarte al servicio del Templo.



Junto a otras niñas de Israel te ocupabas de los numerosos servicios necesarios en la casa del Señor, de las vestiduras de los levitas, de la limpieza, la preparación de la comida, del servicio a los pobres y peregrinos, de los mendigos vendando sus manos y sus pies comidos por la lepra, hacías el pan para las ofrendas, tejías la cortina rojo púrpura para el Templo.

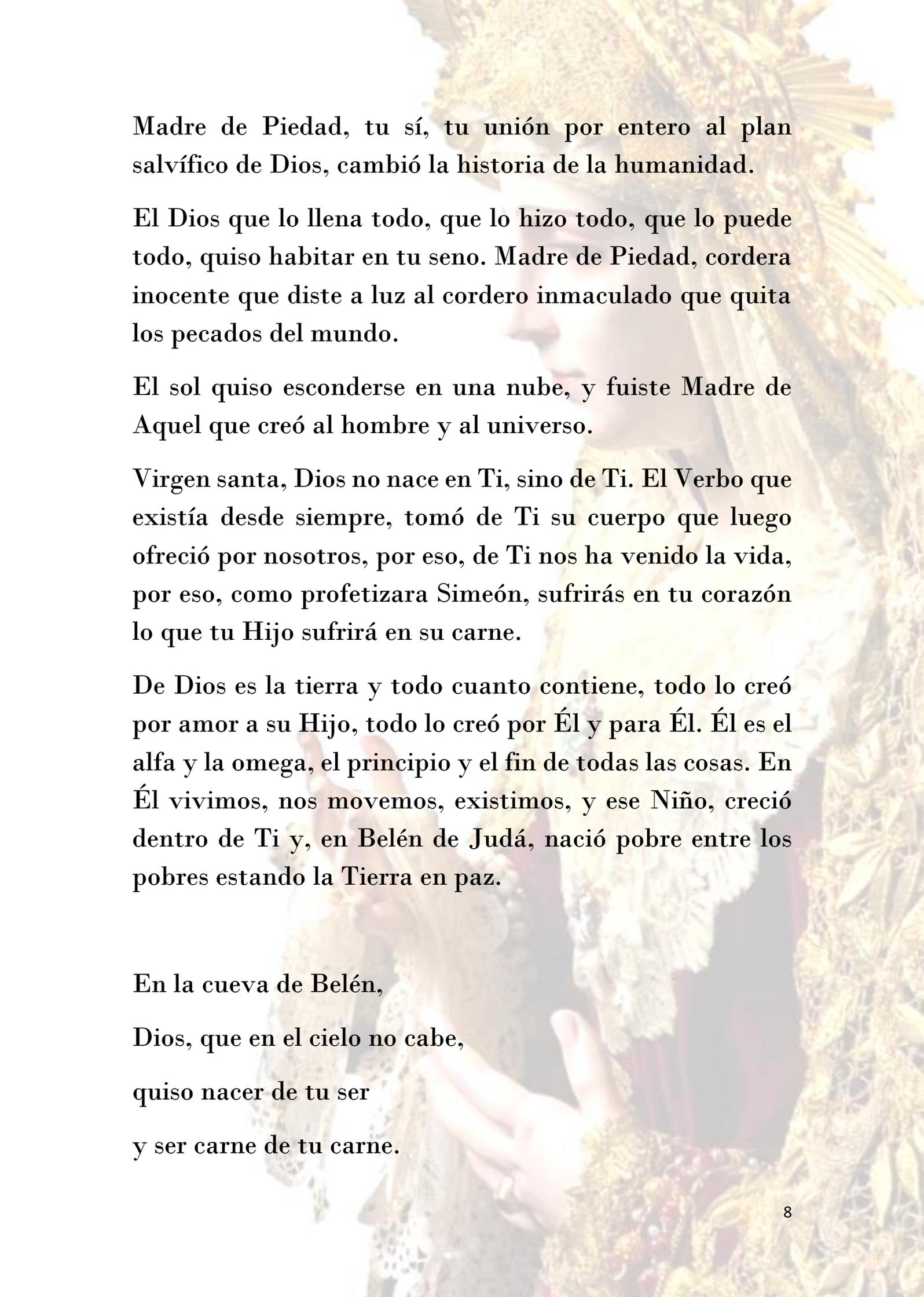
Como niña, como mujer, no podías aprender la ley ni sus preceptos y, sin embargo, por voluntad de Dios, en la ciudad santa de Jerusalén, nadie cumplía la ley como Tú.

Ese mismo Dios que te creó desde el principio para Él, quiso que un día, estando ya desposada con José, un día que solo Tú y Él conocéis, un día escondido a los ojos de todos los demás hombres, quiso Dios que Gabriel, su mensajero, bajara hasta la tierra de Nazaret y te llamara por tu nombre.

Alégrate María, elegida de Dios, favorita de Dios, llena de Dios. Serás madre de un niño que salvará a su pueblo de sus pecados. Será Hijo del Altísimo y lo llamarás Jesús porque para Dios, nada hay imposible.

Madre de Piedad, qué misterio tan insondable, también para Ti, humilde esclava del Señor.

Imagino tu asombro, tu turbación, las habladurías de la gente, tu sufrimiento, el tormento de José. Y, a pesar de todo te fías de Dios, a pesar de no comprender lo que sucede, guardas y meditas todo en tu corazón.



Madre de Piedad, tu sí, tu unión por entero al plan salvífico de Dios, cambió la historia de la humanidad.

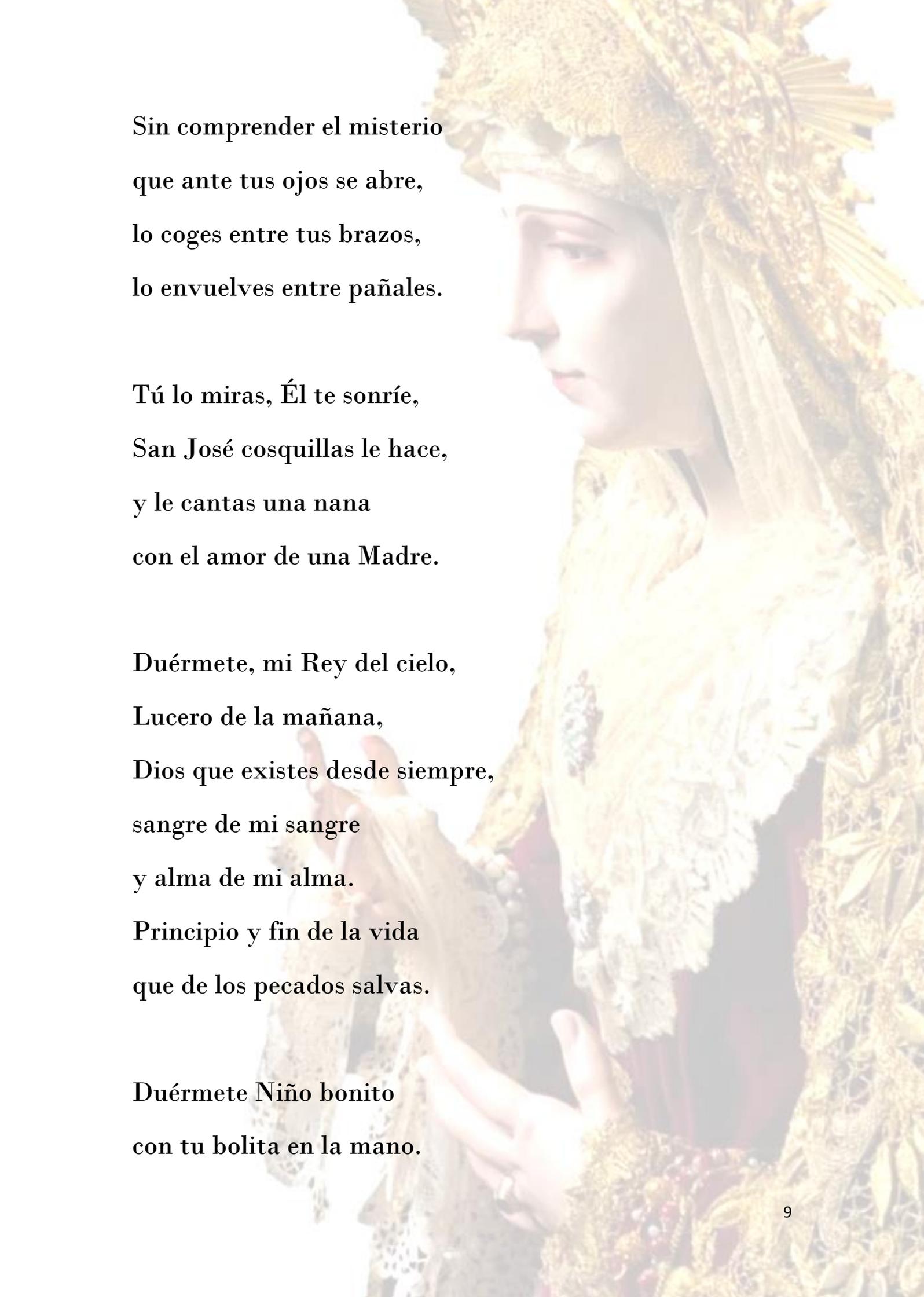
El Dios que lo llena todo, que lo hizo todo, que lo puede todo, quiso habitar en tu seno. Madre de Piedad, cordera inocente que diste a luz al cordero inmaculado que quita los pecados del mundo.

El sol quiso esconderse en una nube, y fuiste Madre de Aquel que creó al hombre y al universo.

Virgen santa, Dios no nace en Ti, sino de Ti. El Verbo que existía desde siempre, tomó de Ti su cuerpo que luego ofreció por nosotros, por eso, de Ti nos ha venido la vida, por eso, como profetizara Simeón, sufrirás en tu corazón lo que tu Hijo sufrirá en su carne.

De Dios es la tierra y todo cuanto contiene, todo lo creó por amor a su Hijo, todo lo creó por Él y para Él. Él es el alfa y la omega, el principio y el fin de todas las cosas. En Él vivimos, nos movemos, existimos, y ese Niño, creció dentro de Ti y, en Belén de Judá, nació pobre entre los pobres estando la Tierra en paz.

En la cueva de Belén,  
Dios, que en el cielo no cabe,  
quiso nacer de tu ser  
y ser carne de tu carne.



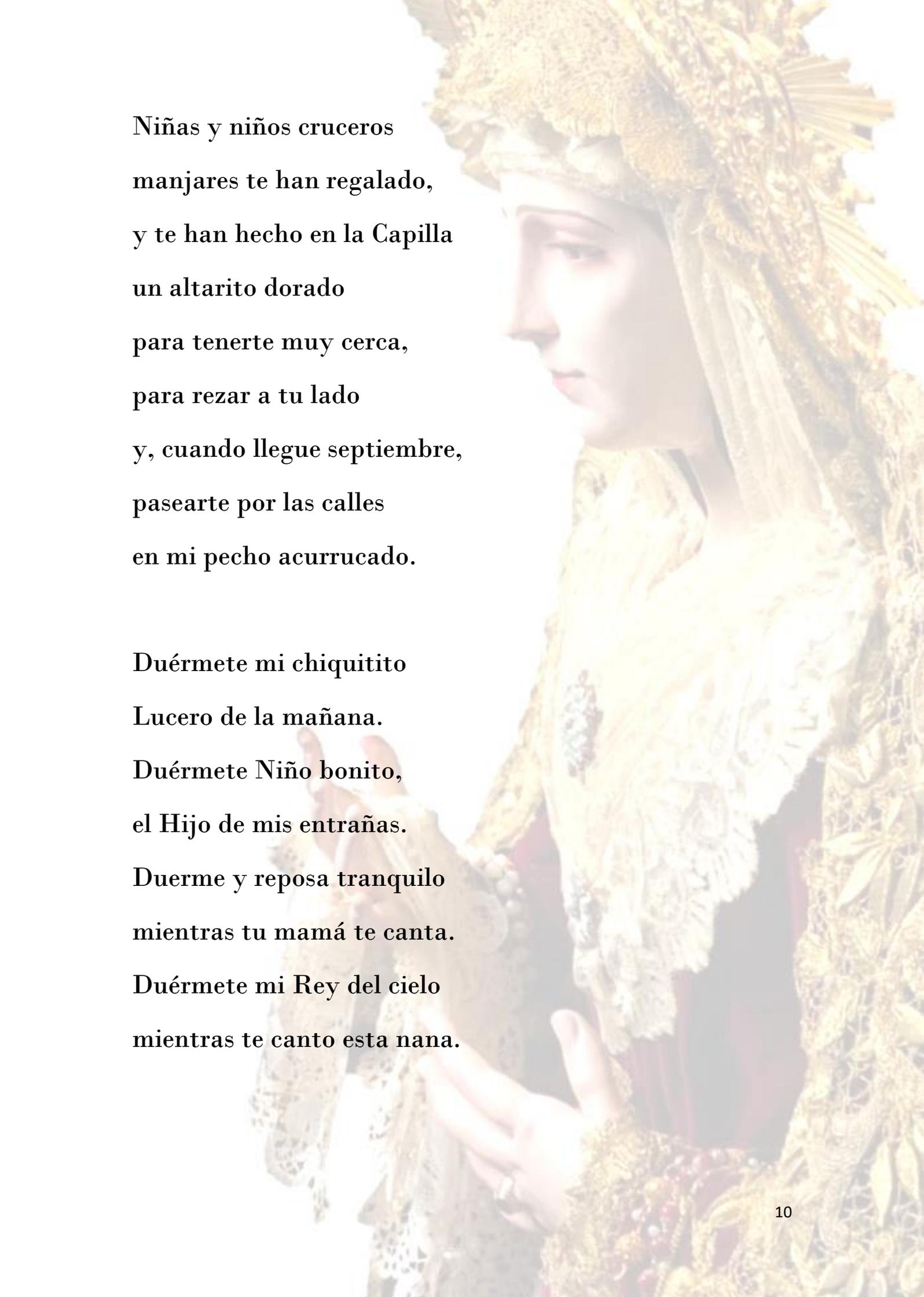
Sin comprender el misterio  
que ante tus ojos se abre,  
lo coges entre tus brazos,  
lo envuelves entre pañales.

Tú lo miras, Él te sonríe,  
San José cosquillas le hace,  
y le cantas una nana  
con el amor de una Madre.

Duérmete, mi Rey del cielo,  
Lucero de la mañana,  
Dios que existes desde siempre,  
sangre de mi sangre  
y alma de mi alma.

Principio y fin de la vida  
que de los pecados salvas.

Duérmete Niño bonito  
con tu bolita en la mano.



Niñas y niños cruceros  
manjares te han regalado,  
y te han hecho en la Capilla  
un altarito dorado  
para tenerte muy cerca,  
para rezar a tu lado  
y, cuando llegue septiembre,  
pasearte por las calles  
en mi pecho acurrucado.

Duérmete mi chiquitito  
Lucero de la mañana.  
Duérmete Niño bonito,  
el Hijo de mis entrañas.  
Duerme y reposa tranquilo  
mientras tu mamá te canta.  
Duérmete mi Rey del cielo  
mientras te canto esta nana.

Han pasado los años.

Han sido años de sencillez, de silencio y de vida en familia. José, que os quiso tanto y os cuidó con esmero, marchó al seno de Abraham y, hace ya tres años de aquella boda, en Caná de Galilea, cuando, por tu intercesión Señora, el agua dejó de ser agua para ser vino.

En la primera luna de aquella primavera pensada por Dios desde el principio de los tiempos, todo Israel conoce a Jesús. Todo Israel conoce la bondad de su corazón. Lo saben los paralíticos que han vuelto a andar, lo saben los ciegos a los que les ha devuelto la vista, lo saben los leprosos, los desesperados, los rechazados, María la de Magdala y su amigo Lázaro.

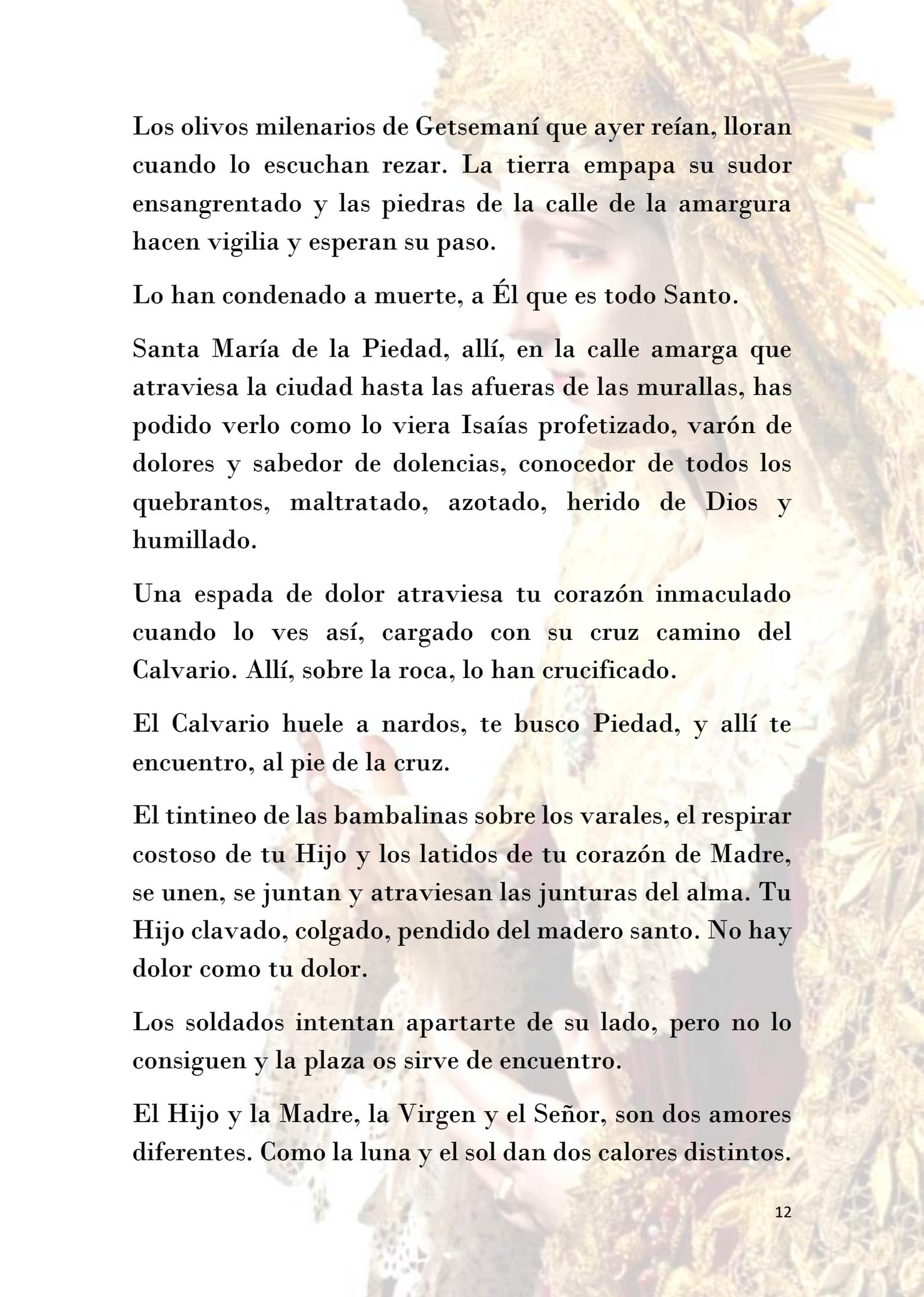
Jerusalén lo aclama, lo sigue entre palmas y ramas de olivo. Albaida, de la Capilla a la Iglesia, lo proclama bendito, querido de Dios y enviado.

El día se abre paso en medio de la noche.

Amanece, y las campanas tocan a Jueves Santo. En este día, Virgen bendita, hasta el aire que respiro es crucero. Todo está preparado, se adornan los balcones, se pide a los hermanos, se abre la Capilla, se terminan los pasos.

En este día, la tarde huele a fiesta, a Pan de vida eterna y a vino derramado. A amor sin condiciones, a entrega y a sagrario.

Pero, al ponerse el sol, vienen para apresarlos.



Los olivos milenarios de Getsemaní que ayer reían, lloran cuando lo escuchan rezar. La tierra empapa su sudor ensangrentado y las piedras de la calle de la amargura hacen vigilia y esperan su paso.

Lo han condenado a muerte, a Él que es todo Santo.

Santa María de la Piedad, allí, en la calle amarga que atraviesa la ciudad hasta las afueras de las murallas, has podido verlo como lo viera Isaías profetizado, varón de dolores y sabedor de dolencias, conocedor de todos los quebrantos, maltratado, azotado, herido de Dios y humillado.

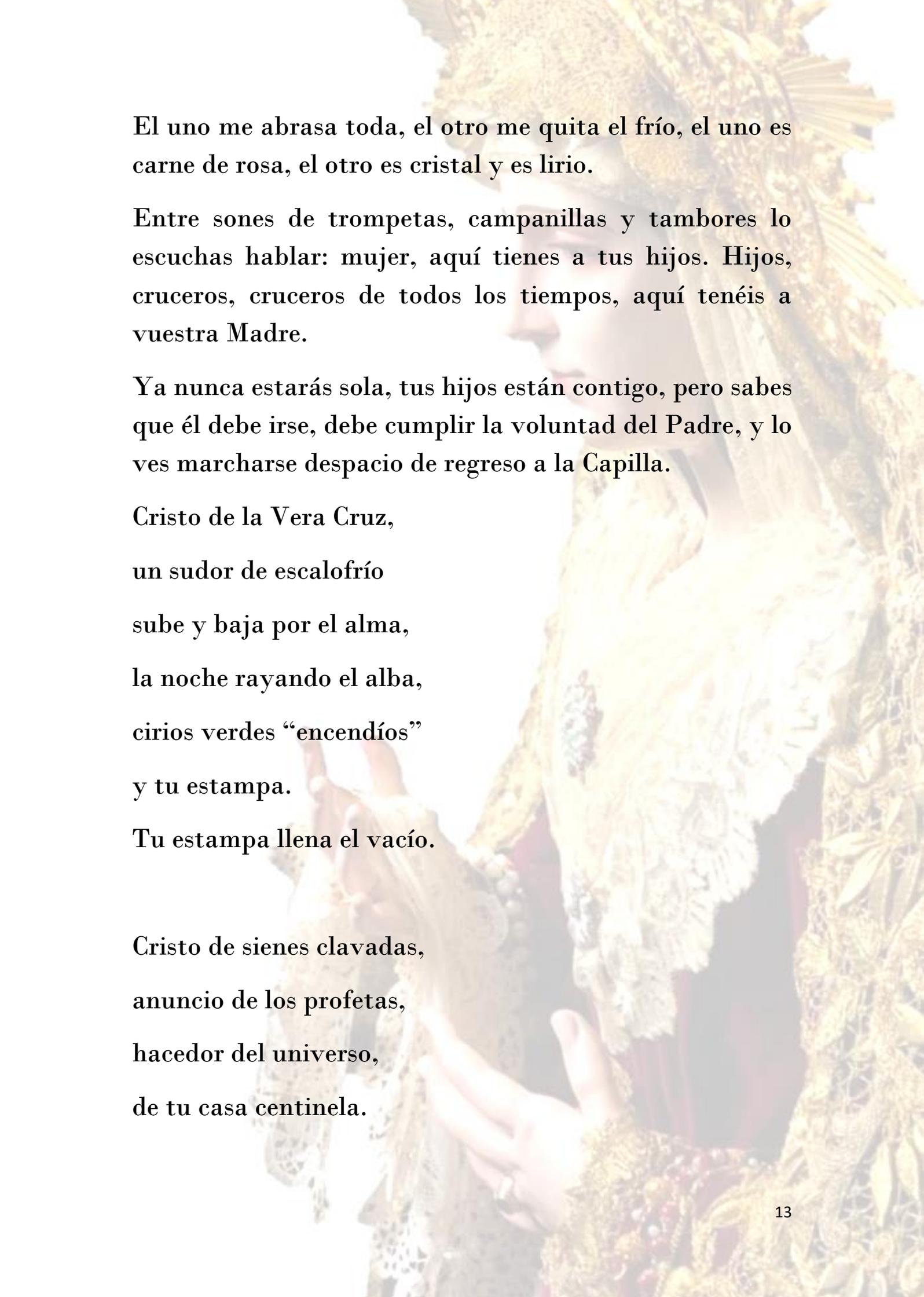
Una espada de dolor atraviesa tu corazón inmaculado cuando lo ves así, cargado con su cruz camino del Calvario. Allí, sobre la roca, lo han crucificado.

El Calvario huele a nardos, te busco Piedad, y allí te encuentro, al pie de la cruz.

El tintineo de las bambalinas sobre los varaes, el respirar costoso de tu Hijo y los latidos de tu corazón de Madre, se unen, se juntan y atraviesan las junturas del alma. Tu Hijo clavado, colgado, pendido del madero santo. No hay dolor como tu dolor.

Los soldados intentan apartarte de su lado, pero no lo consiguen y la plaza os sirve de encuentro.

El Hijo y la Madre, la Virgen y el Señor, son dos amores diferentes. Como la luna y el sol dan dos calores distintos.



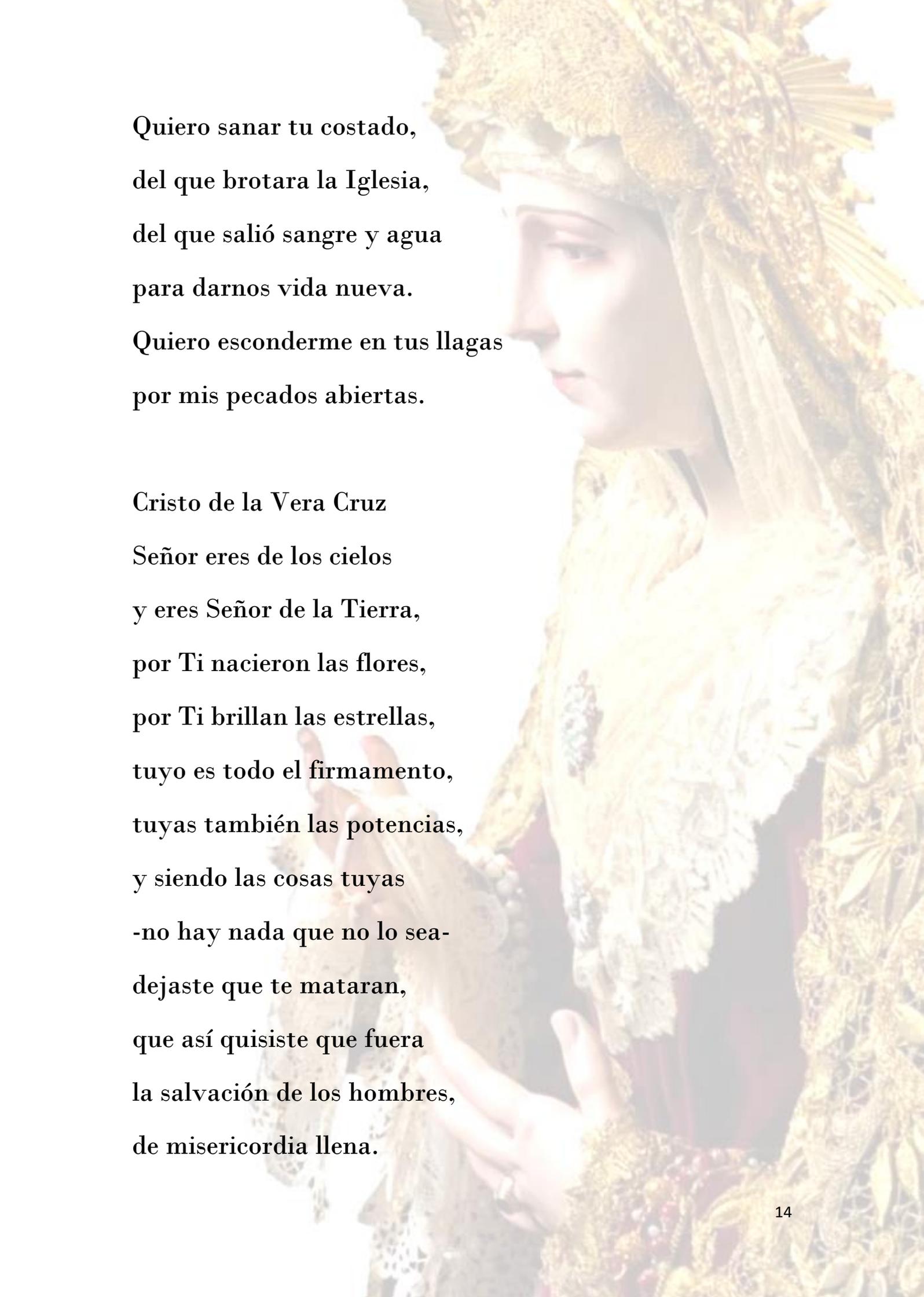
El uno me abrasa toda, el otro me quita el frío, el uno es carne de rosa, el otro es cristal y es lirio.

Entre sones de trompetas, campanillas y tambores lo escuchas hablar: mujer, aquí tienes a tus hijos. Hijos, cruceros, cruceros de todos los tiempos, aquí tenéis a vuestra Madre.

Ya nunca estarás sola, tus hijos están contigo, pero sabes que él debe irse, debe cumplir la voluntad del Padre, y lo ves marcharse despacio de regreso a la Capilla.

Cristo de la Vera Cruz,  
un sudor de escalofrío  
sube y baja por el alma,  
la noche rayando el alba,  
cirios verdes “encendíos”  
y tu estampa.  
Tu estampa llena el vacío.

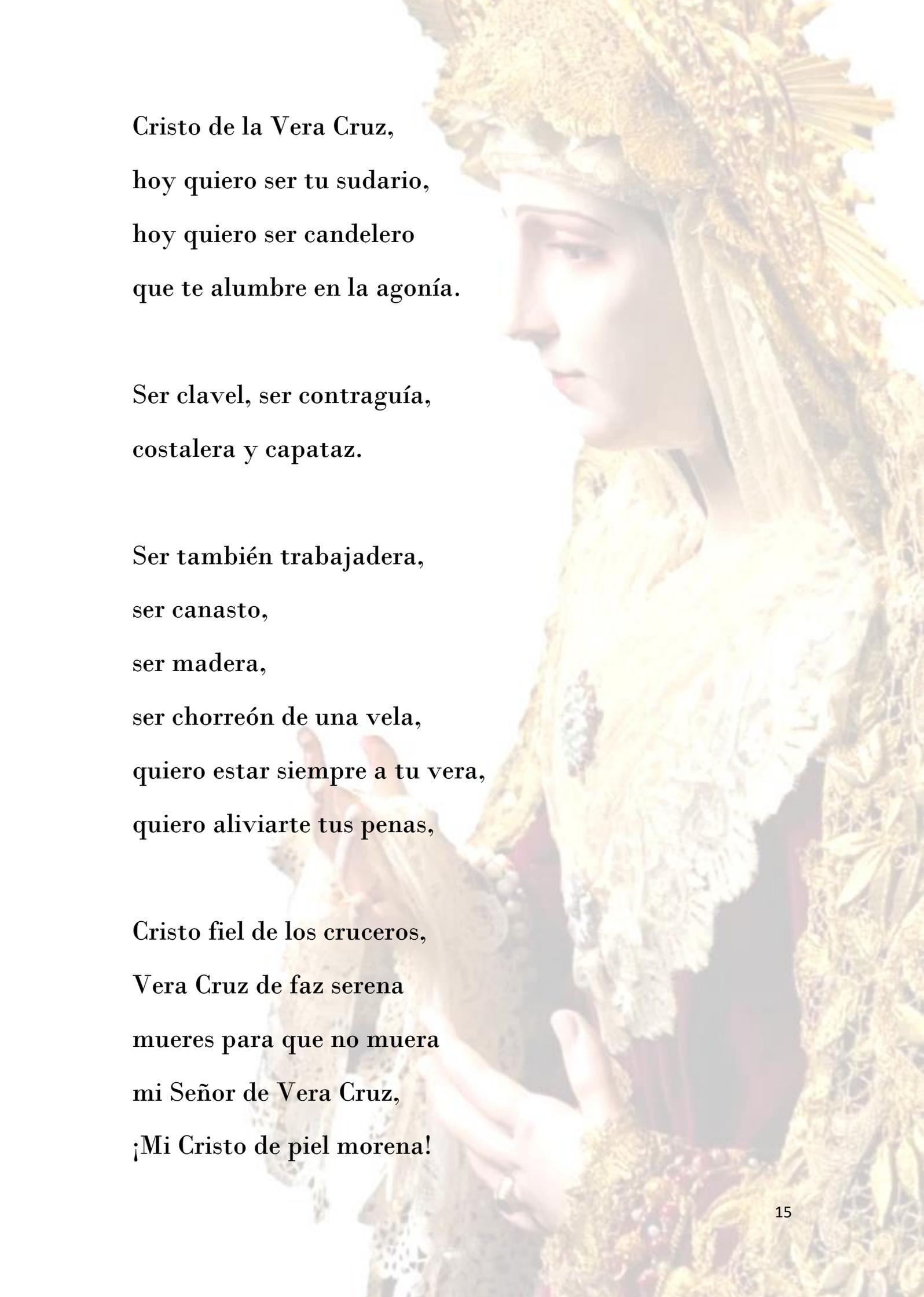
Cristo de sienes clavadas,  
anuncio de los profetas,  
hacedor del universo,  
de tu casa centinela.



Quiero sanar tu costado,  
del que brotara la Iglesia,  
del que salió sangre y agua  
para darnos vida nueva.

Quiero esconderme en tus llagas  
por mis pecados abiertas.

Cristo de la Vera Cruz  
Señor eres de los cielos  
y eres Señor de la Tierra,  
por Ti nacieron las flores,  
por Ti brillan las estrellas,  
tuyo es todo el firmamento,  
tuyas también las potencias,  
y siendo las cosas tuyas  
-no hay nada que no lo sea-  
dejaste que te mataran,  
que así quisiste que fuera  
la salvación de los hombres,  
de misericordia llena.

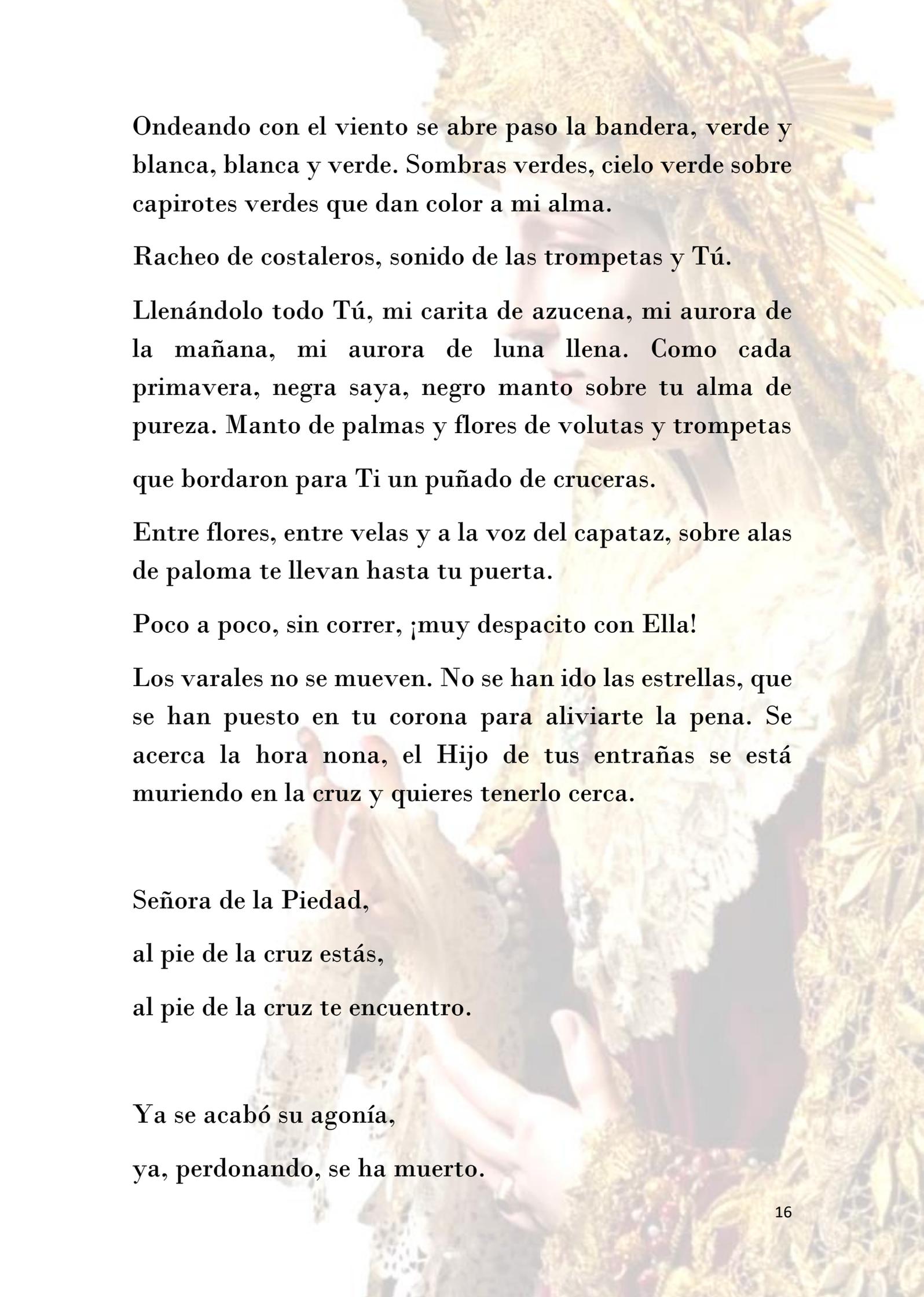


Cristo de la Vera Cruz,  
hoy quiero ser tu sudario,  
hoy quiero ser candelero  
que te alumbre en la agonía.

Ser clavel, ser contraguía,  
costalera y capataz.

Ser también trabajadera,  
ser canasto,  
ser madera,  
ser chorreón de una vela,  
quiero estar siempre a tu vera,  
quiero aliviarte tus penas,

Cristo fiel de los cruceros,  
Vera Cruz de faz serena  
mueres para que no muera  
mi Señor de Vera Cruz,  
¡Mi Cristo de piel morena!



Ondeando con el viento se abre paso la bandera, verde y blanca, blanca y verde. Sombras verdes, cielo verde sobre capirotes verdes que dan color a mi alma.

Racheo de costaleros, sonido de las trompetas y Tú.

Llenándolo todo Tú, mi carita de azucena, mi aurora de la mañana, mi aurora de luna llena. Como cada primavera, negra saya, negro manto sobre tu alma de pureza. Manto de palmas y flores de volutas y trompetas que bordaron para Ti un puñado de cruceras.

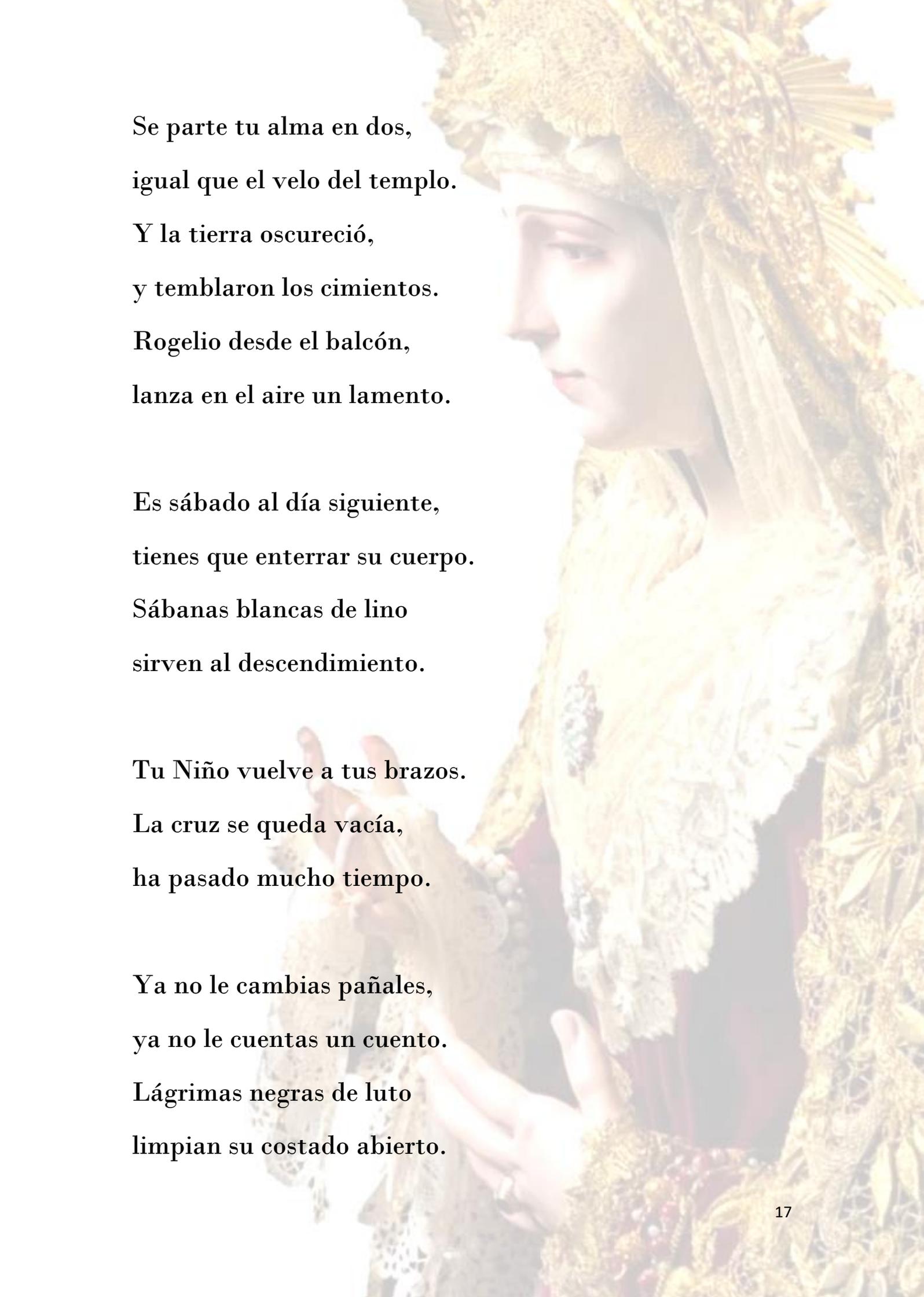
Entre flores, entre velas y a la voz del capataz, sobre alas de paloma te llevan hasta tu puerta.

Poco a poco, sin correr, ¡muy despacito con Ella!

Los varales no se mueven. No se han ido las estrellas, que se han puesto en tu corona para aliviarte la pena. Se acerca la hora nona, el Hijo de tus entrañas se está muriendo en la cruz y quieres tenerlo cerca.

Señora de la Piedad,  
al pie de la cruz estás,  
al pie de la cruz te encuentro.

Ya se acabó su agonía,  
ya, perdonando, se ha muerto.

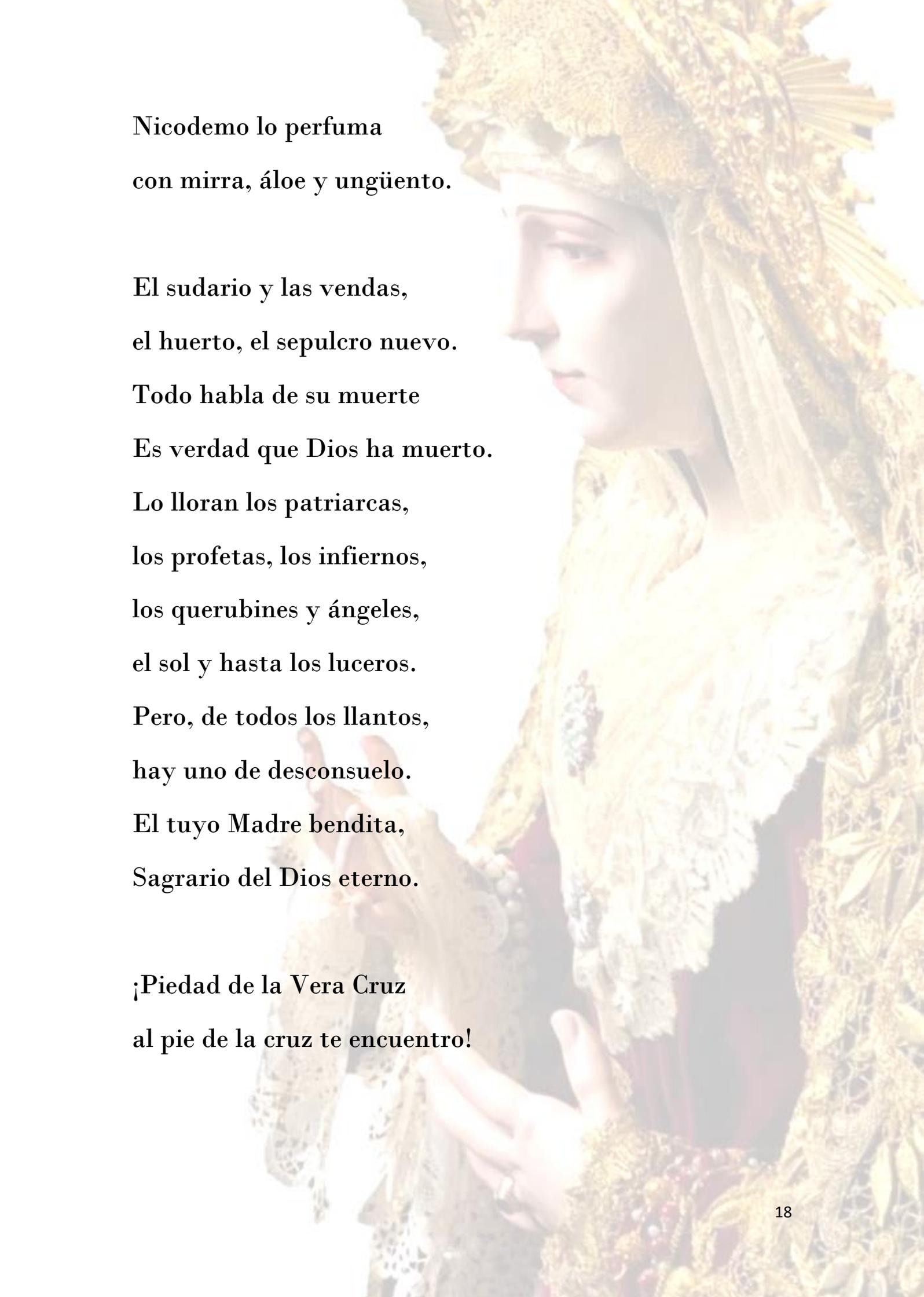


Se parte tu alma en dos,  
igual que el velo del templo.  
Y la tierra oscureció,  
y temblaron los cimientos.  
Rogelio desde el balcón,  
lanza en el aire un lamento.

Es sábado al día siguiente,  
tienes que enterrar su cuerpo.  
Sábanas blancas de lino  
sirven al descendimiento.

Tu Niño vuelve a tus brazos.  
La cruz se queda vacía,  
ha pasado mucho tiempo.

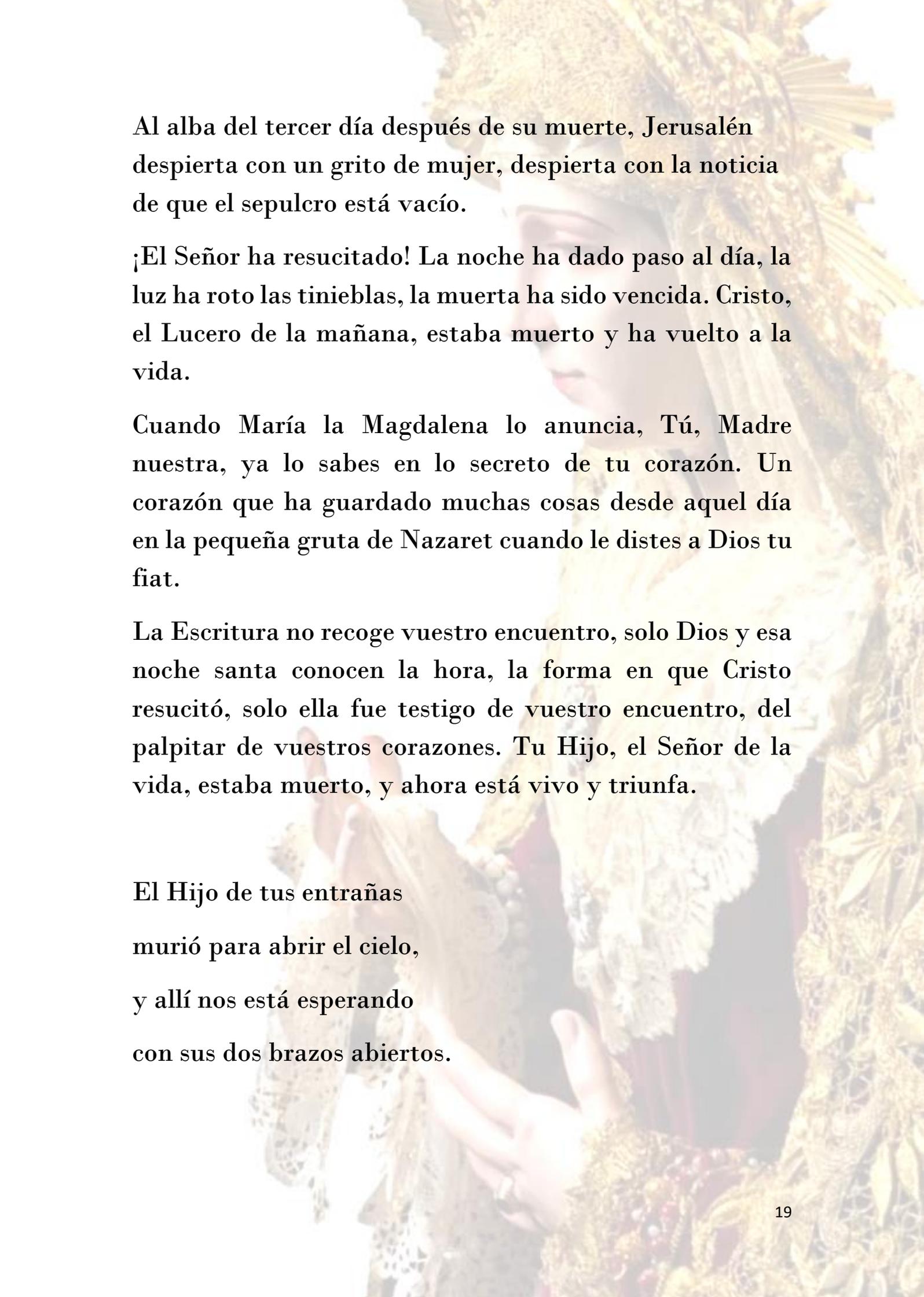
Ya no le cambias pañales,  
ya no le cuentas un cuento.  
Lágrimas negras de luto  
limpian su costado abierto.



Nicodemo lo perfuma  
con mirra, áloe y unguento.

El sudario y las vendas,  
el huerto, el sepulcro nuevo.  
Todo habla de su muerte  
Es verdad que Dios ha muerto.  
Lo lloran los patriarcas,  
los profetas, los infiernos,  
los querubines y ángeles,  
el sol y hasta los luceros.  
Pero, de todos los llantos,  
hay uno de desconsuelo.  
El tuyo Madre bendita,  
Sagrario del Dios eterno.

¡Piedad de la Vera Cruz  
al pie de la cruz te encuentro!



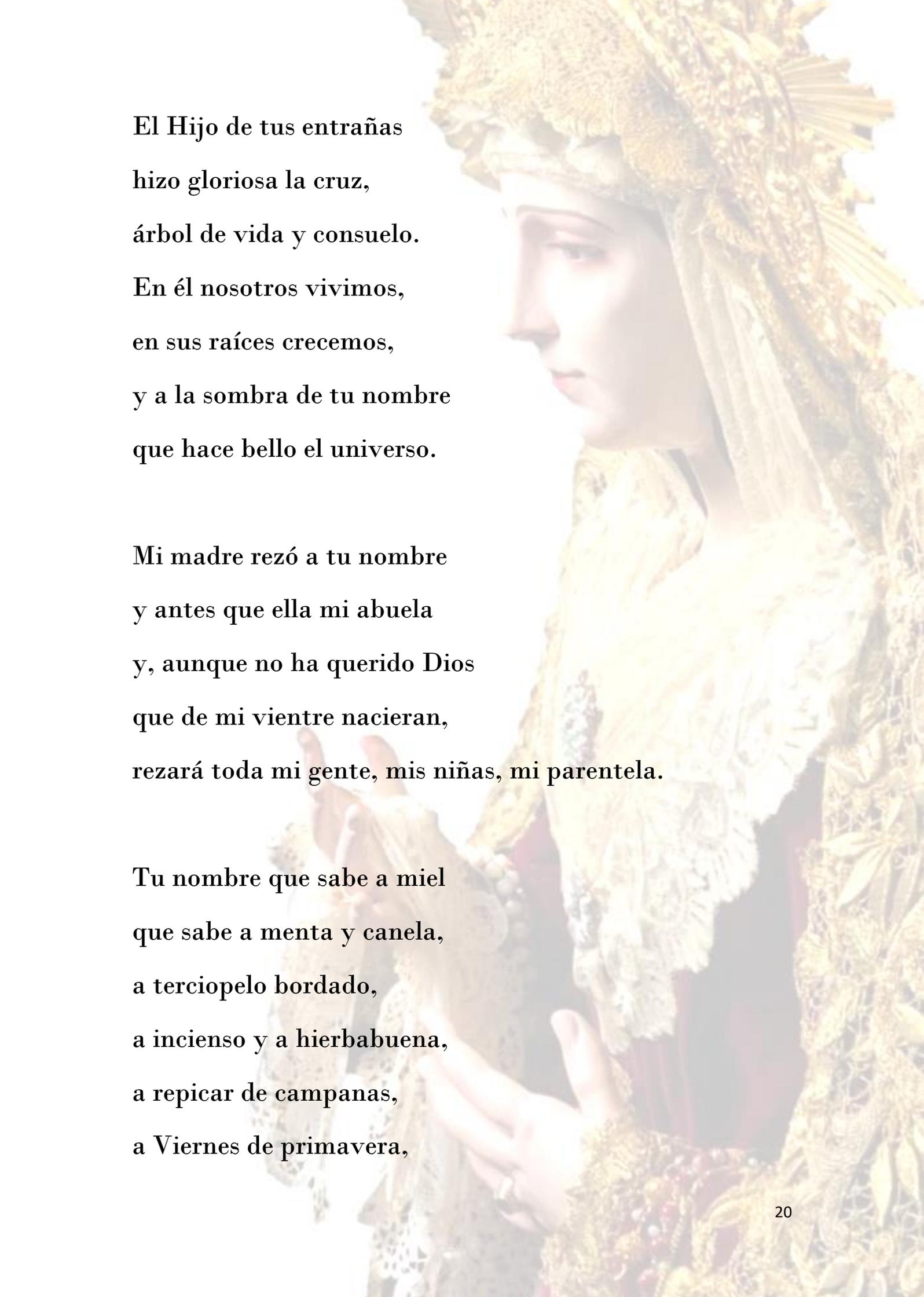
Al alba del tercer día después de su muerte, Jerusalén despierta con un grito de mujer, despierta con la noticia de que el sepulcro está vacío.

¡El Señor ha resucitado! La noche ha dado paso al día, la luz ha roto las tinieblas, la muerta ha sido vencida. Cristo, el Lucero de la mañana, estaba muerto y ha vuelto a la vida.

Cuando María la Magdalena lo anuncia, Tú, Madre nuestra, ya lo sabes en lo secreto de tu corazón. Un corazón que ha guardado muchas cosas desde aquel día en la pequeña gruta de Nazaret cuando le distes a Dios tu fiat.

La Escritura no recoge vuestro encuentro, solo Dios y esa noche santa conocen la hora, la forma en que Cristo resucitó, solo ella fue testigo de vuestro encuentro, del palpitar de vuestros corazones. Tu Hijo, el Señor de la vida, estaba muerto, y ahora está vivo y triunfa.

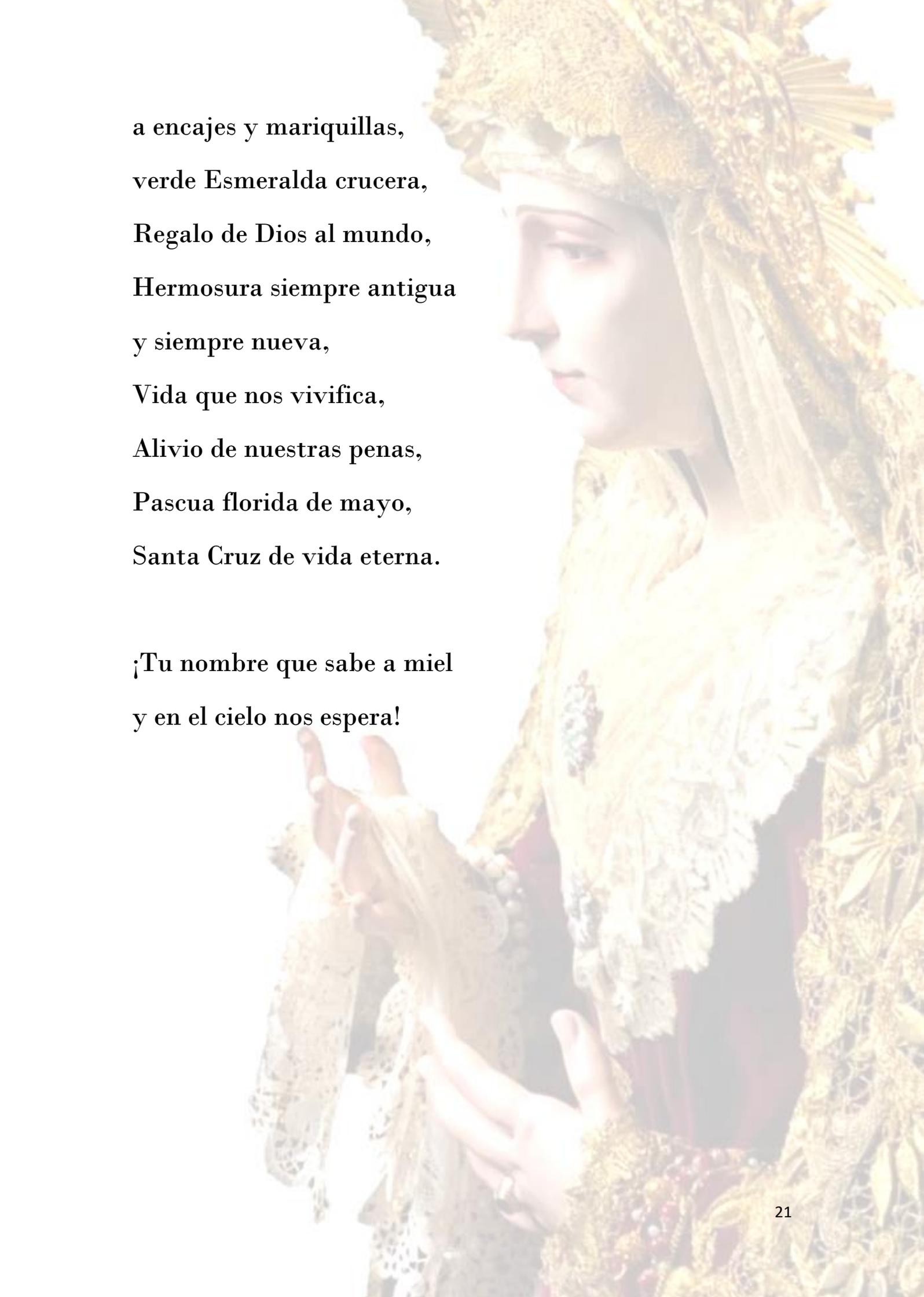
El Hijo de tus entrañas  
murió para abrir el cielo,  
y allí nos está esperando  
con sus dos brazos abiertos.



El Hijo de tus entrañas  
hizo gloriosa la cruz,  
árbol de vida y consuelo.  
En él nosotros vivimos,  
en sus raíces crecemos,  
y a la sombra de tu nombre  
que hace bello el universo.

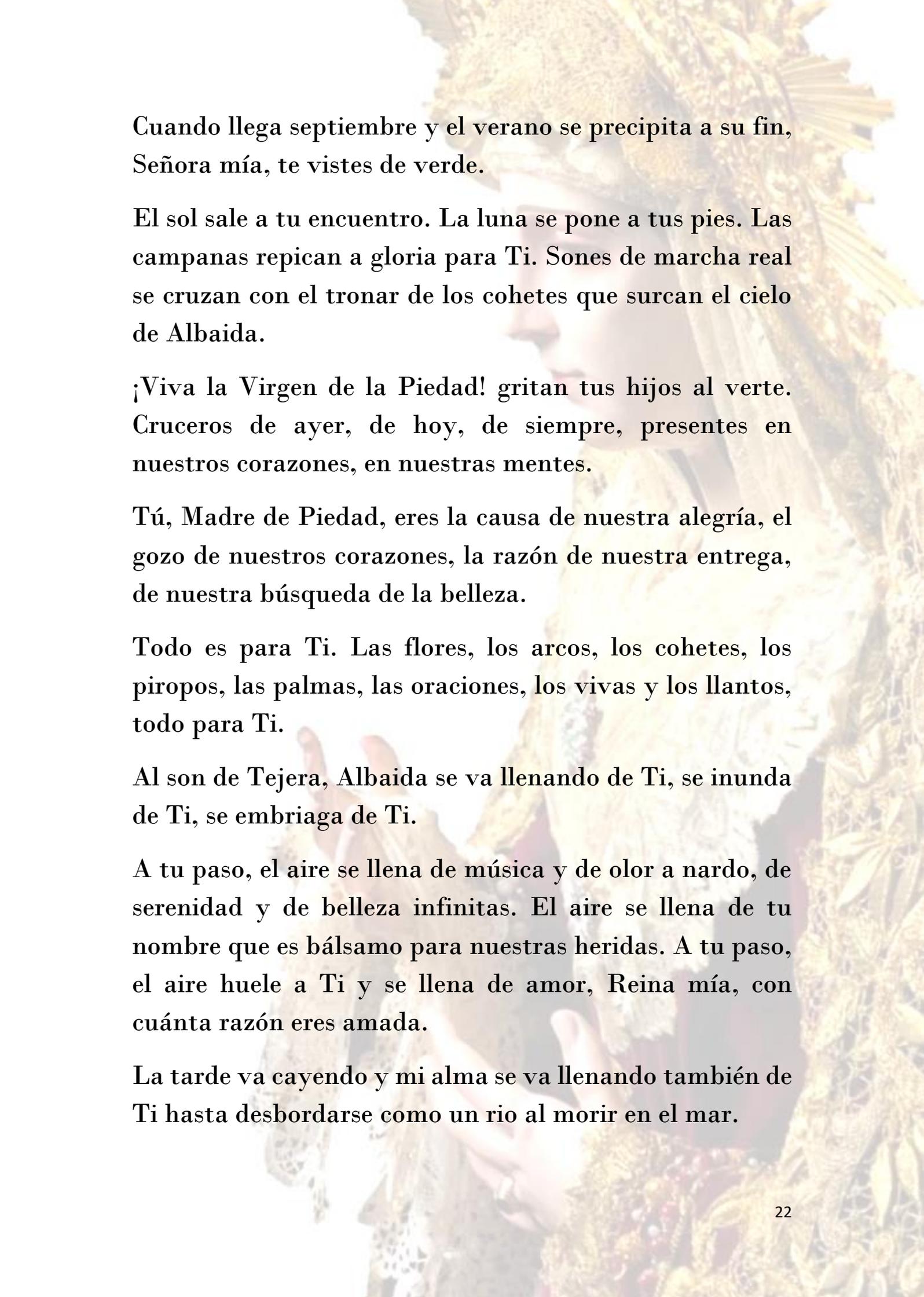
Mi madre rezó a tu nombre  
y antes que ella mi abuela  
y, aunque no ha querido Dios  
que de mi vientre nacieran,  
rezará toda mi gente, mis niñas, mi parentela.

Tu nombre que sabe a miel  
que sabe a menta y canela,  
a terciopelo bordado,  
a incienso y a hierbabuena,  
a repicar de campanas,  
a Viernes de primavera,



a encajes y mariquillas,  
verde Esmeralda crucera,  
Regalo de Dios al mundo,  
Hermosura siempre antigua  
y siempre nueva,  
Vida que nos vivifica,  
Alivio de nuestras penas,  
Pascua florida de mayo,  
Santa Cruz de vida eterna.

¡Tu nombre que sabe a miel  
y en el cielo nos espera!



Cuando llega septiembre y el verano se precipita a su fin,  
Señora mía, te vistes de verde.

El sol sale a tu encuentro. La luna se pone a tus pies. Las campanas repican a gloria para Ti. Sones de marcha real se cruzan con el tronar de los cohetes que surcan el cielo de Albaida.

¡Viva la Virgen de la Piedad! gritan tus hijos al verte. Cruceros de ayer, de hoy, de siempre, presentes en nuestros corazones, en nuestras mentes.

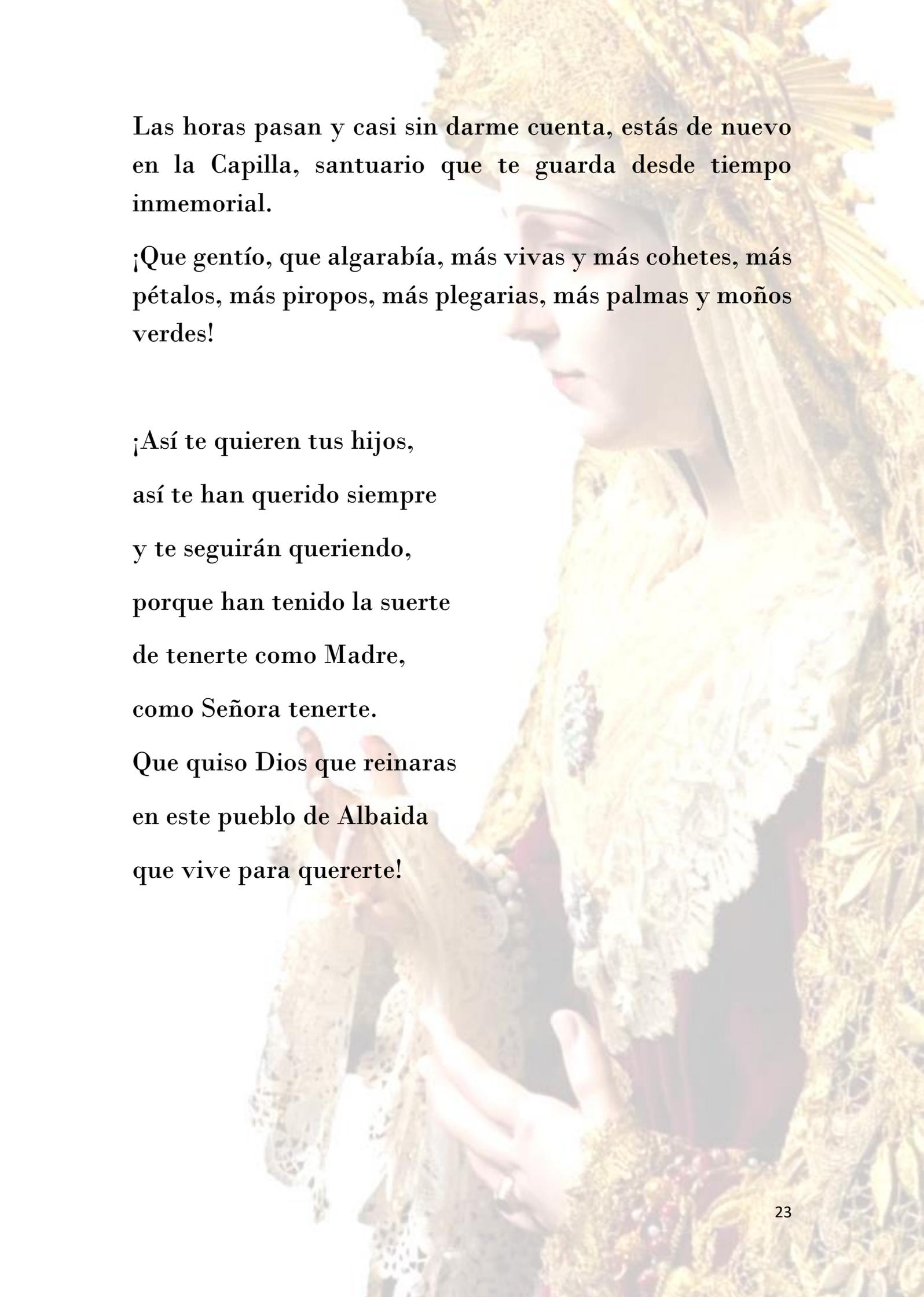
Tú, Madre de Piedad, eres la causa de nuestra alegría, el gozo de nuestros corazones, la razón de nuestra entrega, de nuestra búsqueda de la belleza.

Todo es para Ti. Las flores, los arcos, los cohetes, los piropos, las palmas, las oraciones, los vivas y los llantos, todo para Ti.

Al son de Tejera, Albaida se va llenando de Ti, se inunda de Ti, se embriaga de Ti.

A tu paso, el aire se llena de música y de olor a nardo, de serenidad y de belleza infinitas. El aire se llena de tu nombre que es bálsamo para nuestras heridas. A tu paso, el aire huele a Ti y se llena de amor, Reina mía, con cuánta razón eres amada.

La tarde va cayendo y mi alma se va llenando también de Ti hasta desbordarse como un río al morir en el mar.

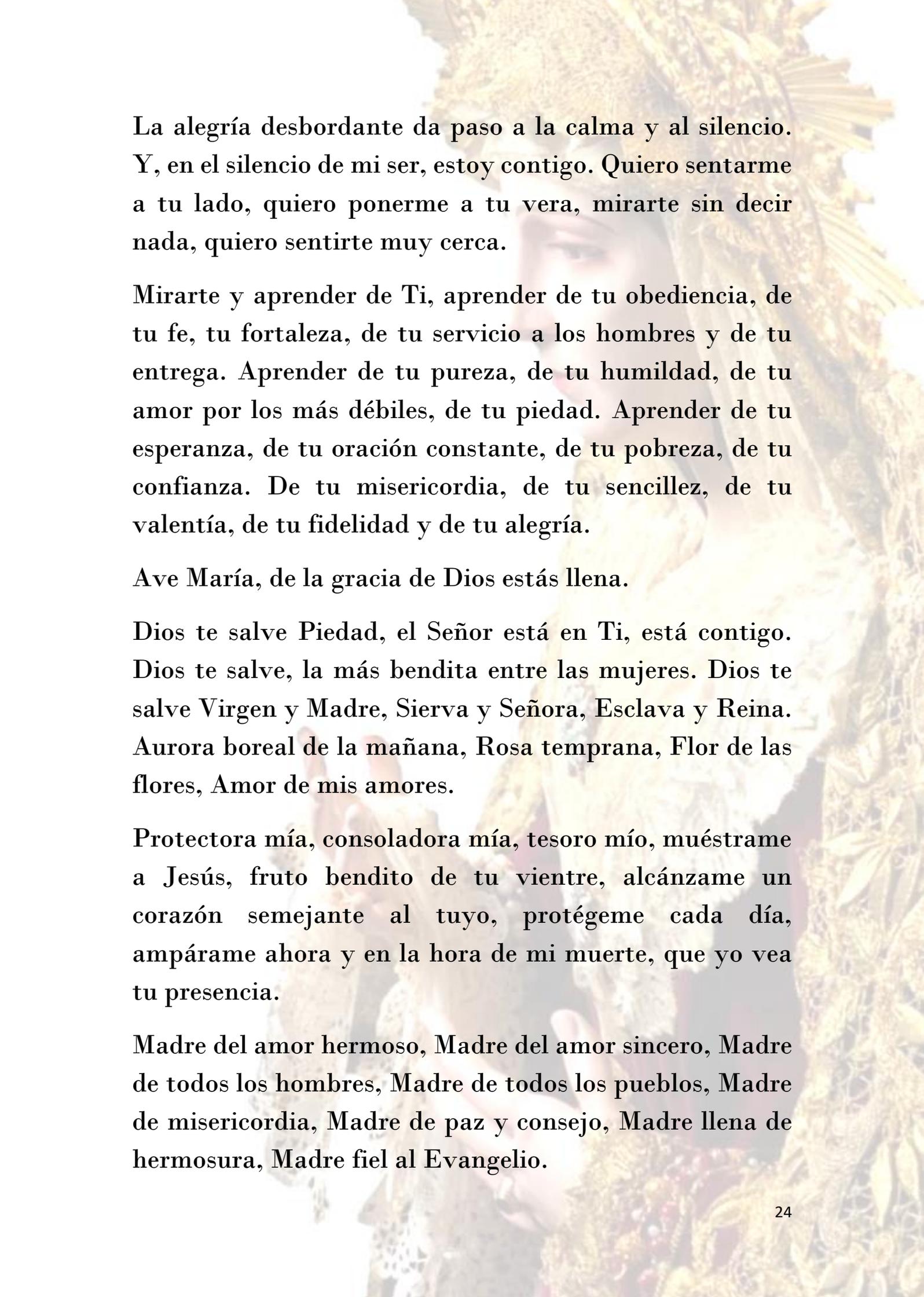


Las horas pasan y casi sin darme cuenta, estás de nuevo en la Capilla, santuario que te guarda desde tiempo inmemorial.

¡Que gentío, que algarabía, más vivas y más cohetes, más pétalos, más piropos, más plegarias, más palmas y moños verdes!

¡Así te quieren tus hijos,  
así te han querido siempre  
y te seguirán queriendo,  
porque han tenido la suerte  
de tenerte como Madre,  
como Señora tenerte.

Que quiso Dios que reinaras  
en este pueblo de Albaida  
que vive para quererte!



La alegría desbordante da paso a la calma y al silencio. Y, en el silencio de mi ser, estoy contigo. Quiero sentarme a tu lado, quiero ponerme a tu vera, mirarte sin decir nada, quiero sentirte muy cerca.

Mirarte y aprender de Ti, aprender de tu obediencia, de tu fe, tu fortaleza, de tu servicio a los hombres y de tu entrega. Aprender de tu pureza, de tu humildad, de tu amor por los más débiles, de tu piedad. Aprender de tu esperanza, de tu oración constante, de tu pobreza, de tu confianza. De tu misericordia, de tu sencillez, de tu valentía, de tu fidelidad y de tu alegría.

Ave María, de la gracia de Dios estás llena.

Dios te salve Piedad, el Señor está en Ti, está contigo. Dios te salve, la más bendita entre las mujeres. Dios te salve Virgen y Madre, Sierva y Señora, Esclava y Reina. Aurora boreal de la mañana, Rosa temprana, Flor de las flores, Amor de mis amores.

Protectora mía, consoladora mía, tesoro mío, muéstrame a Jesús, fruto bendito de tu vientre, alcánzame un corazón semejante al tuyo, protégeme cada día, ampárame ahora y en la hora de mi muerte, que yo vea tu presencia.

Madre del amor hermoso, Madre del amor sincero, Madre de todos los hombres, Madre de todos los pueblos, Madre de misericordia, Madre de paz y consejo, Madre llena de hermosura, Madre fiel al Evangelio.

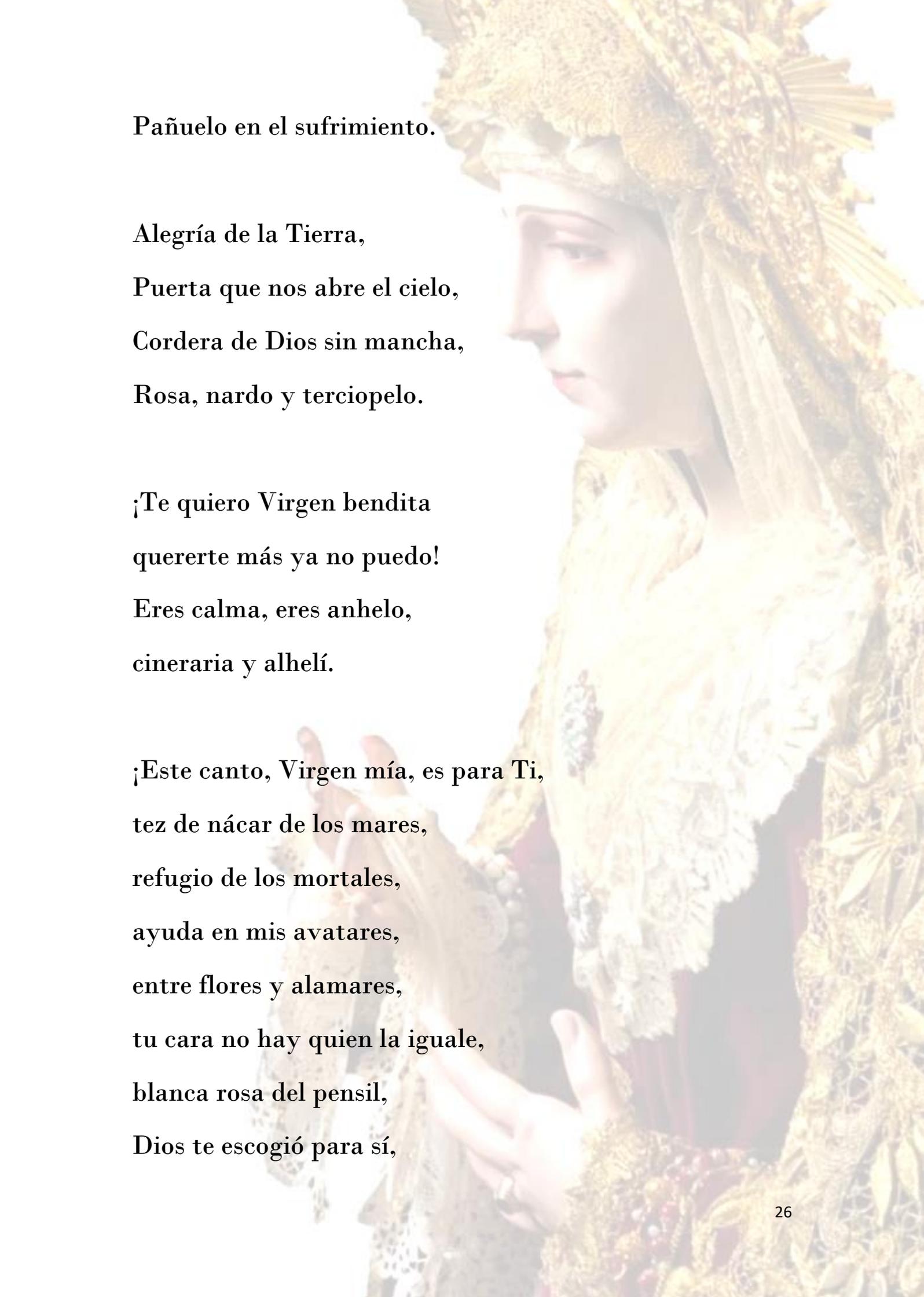


Mi Virgen de la Piedad,  
Señora de los cruceros.  
Esposa del Divino Espíritu,  
Hija de un Dios que es eterno,  
Madre del Verbo encarnado,  
Templo de Dios fue tu cuerpo

Escalera de Jacob,  
Zarza ardiente en el desierto,  
Mujer del Apocalipsis,  
Vino nuevo en odres nuevos.

Refugio de pecadores,  
Faro que lleva a buen puerto,  
Medianera de la gracia,  
Virgen pura, sin defecto.

Salud para los enfermos,  
Fuente del mayor consuelo,  
Luz en mis noches oscuras,



Pañuelo en el sufrimiento.

Alegría de la Tierra,  
Puerta que nos abre el cielo,  
Cordera de Dios sin mancha,  
Rosa, nardo y terciopelo.

¡Te quiero Virgen bendita  
quererte más ya no puedo!  
Eres calma, eres anhelo,  
cineraria y alhelí.

¡Este canto, Virgen mía, es para Ti,  
tez de nácar de los mares,  
refugio de los mortales,  
ayuda en mis avatares,  
entre flores y alamares,  
tu cara no hay quien la iguale,  
blanca rosa del pensil,  
Dios te escogió para sí,

y a Él mismo escuché decir  
que eres de Albaida la Reina,  
de los cielos Emperatriz,  
la mejor del mundo entero,  
Señora del Viernes Santo  
y orgullo de los cruceros!

